CON TRES HERIDAS YO*

Hoy, amor quiero hablarte
con esa claridad que sólo ven en sí
los seres que sorprenden el tiempo en su esqueleto.
Con la milagrería de una palabra escueta
que repica en su ser con el pecho temprano.
Con lo que me legaron para que la hermosura
fuera un niño arrecido, femoral y perenne.
Con la ternura puesta y abrochado el rencor.
Quiero hablarte de ti, puesto que tú me meces
y logras que mis años otra vez sean pocos.
Pocos como de escuela y con la transparencia
de quien respira asombros ante el libro de Historia.
Mas hablarte también de este dolor ceñido
que magulla el espanto porque pasan los días,
de esta ternura mansa que se comprueba en ti,
de esta boca que yerra más que el olvido, más
que lo que no ama más.
Hoy quiero hablarte, amor.
Hemos vividos juntos
más años que mi vida. Más tiempo en ti yo tengo
que me queda de muerte. Porque vivir así
es conmover al tiempo, sacarlo de su ritmo,
tornarlo a la obediencia, ponerlo de rodillas.
Pero nuestra alegría la vencerá el destino.
Y quiero hablarte entonces no como tú me entiendes,
puesto que te he metido cantando la esperanza,
hablándote de un dios por el que no respondo,
sino así como soy: un hombre que va a tierra,
que de la tierra vino, que es tierra y buscó alas
en ti, en tu desenlace. Y al que sólo le quedan
unas fechas de cielo: el tiempo junto a ti.
Por eso quiero ser palabra junto al nido,

* Poemas del libro, inédito, de igual título, reciente «Premio Miguel Hernández», 1983.

bombre en la realidad, no fantasma de barro,
espiral que se pierde sobre su caracol,
no rama a la que el viento diera sueño de alas.
Mira, amor, la otra vida es ésta en que creamos.
Piensa si hubiera otra: mi boca en otra boca
que no fuera la tuya. Haz balance del miedo
y del gozo. ¿Quién vence? Todos llevamos dentro
un despiadado ser y otro que busca ayuda.
Tú lo hallaste temblando en mí, en mi esperanza.
Y sonó la alegría, dio un vuelco el corazón,
se le apagó la vela al enemigo.
Nuestra,
nuestra es la gloria viva y repica en tu cuerpo.
Nuestra es la gloria única si es beso a la redonda,
planetario su ser porque al Cosmos le pega
un pellizco de sangre y le añade un lugar.
Esa es la maravilla. Y el único reencuentro.

❋

Para que me comprendas, derramaré mi luz.
Una luz que se ha hecho de experiencias, no soles.
Una luz que se ha hecho de pavor y de canto,
una luz que es olor, gusto encima de brillo.
Arcángel, mas de hueso, relámpago nací,
de latido su emblema, no celeste, de sangre,
coronaria poblando los círculos del fuego,
sombra estelar de mí que a ceniza conduzco.
Te diré lo que soy: agua que rompe el odre,
barro cocido encinta antes de que naciese,
irregular memoria de mi rictus de tierra,
cura de la palabra que termina oficiando
sin verbo, con los ojos; enigma con ventanas.
Muchos siglos de peso que ya ceden, tronchados,
se larvaron a espuma, esta espuma que soy.
Mira mi corazón que ha chocado en las rocas,
mi esqueleto de mar en las rocas chorreando,
mi osamenta de luna a merced de las aguas,
mis manos como algas. Mira mi corazón
y hallarás nuestra isla, y hallarás el tesoro
que un día descubrimos, cuando, tristes, miramos
hacia la inmensidad, acertando en el rumbo.

❋

No sabes que yo soy como un antiguo mapa
guardado en un rincón del Almirante Benbow.
Que soy un participio de infantil soldadura
y un molde aventurero que no cuaja el gerundio.
Que me dieron, del mar, la luna, no las aguas.
Y, por eso, cambiante, soy como las mareas.
Que tengo un arrecife pegado a la caricia
y he ejercido de manto: fiesta y luto a la vez.
De toda mi experiencia, solamente la duda
es manifiesto de obra, excepto en tu canción
que cubre como nana.
De todo mi legado, un calor que es motivo
de falta de calor. Y esta melancolía.
No sabes que mi oficio es preguntar con música.
Ir a mirar los bosques y oler su corazón,
hallar en el paisaje, más que su luz, mi sed.
Y puesto me persigue, beber siempre en su fuego;
taladro de mi mismo supurar de ardentía.
Tornadizo he nacido junto a febrero loco
y cuando sale el sol hace tremar la nieve.
Tornadizo he nacido en Acuario de aire.
Y rompo los grilletes, pero contra mis manos.
No sabes que yo soy como un antiguo mapa
guardado en un arcón del Almirante Benbow:
mirar siempre al ayer, navegar hacia el alba,
olvidar que el olvido de hoy señalará
esta huella que llora, semilla es de pasado.

❋

Contra natura, el verbo; que eso soy.
Vendrá la muerte y no tendrá cuidado.
Sólo la voz, el desgarrón escrito,
pulida claridad frente a las sombras.
Contra natura, el verbo, su extensión
decapitada, fruto que a los días
ha de encender con días del pasado.
Que eso soy: palabras como espuelas,
señales que arderán y harán nostalgia.

Frente a un escaparate un hombre nace,
crece en su Comunión y lo celebran
dándole chocolate y fe a los niños

vecinales. Luego le dan escuela
y sarpullido. Es de verdad. Y alumbra.
De momento es canción, aunque la llore.
(Contra natura, el verbo; que eso soy.)
Después no hay crecimiento sin ruina.
Yo fui en mi adolescencia como un ascua:
fuego y luz. Me quemé. Vestí el aullido.
Escribí poesía para amarme.
Yo fui calles celestes tras un nombre
y hasta mi edad la adolescencia fluye.

Esa es mi historia, ésa: su esperanza.

*

Si no hablo, si estoy ausente y en mis ojos
algo se asienta turbio, como si anocheciera,
para ti, no te alarmes: recuento nuestras flores.
No temas si no escucho tus palabras, si vienes,
rosa para mi olfato, y no respondo: voy
ordenando las horas que usaron nuestros besos
para existir distintas. Si vuelves de la calle
y, encontrándome, escribo como si te olvidara,
piensa que no hay manera más exacta de estar
a tu lado, contigo.
Y cree, sobre todo,
que, si desaparezco, todas estas manías
podrán acompañarte más que yo, pues en ellas
sintió mi corazón que engañaba a la muerte.

*

Todo nuestra riqueza era el recuerdo
hasta entonces, mujer. Y la esperanza
nos visitó como la lluvia a marzo.

Le pusimos un nombre a la alegría
que era rubia y pequeña, como un poco
de trigo que ya es pan.
Para que acompañara nuestras bocas
al hablar de cariño, le pusimos
un nombre: Violeta. Y ya es ventana,
macetas y macetas restallando
en el aire sus dones.

Ahora nuestra riqueza es el futuro
y hace raya en tus ojos y los míos,
lengua que explica la razón de ser,
idioma que nos nombra y trae flores.
Si se quedara así, si no creciera,
¿qué cosa temeríamos?
¿Quién nos recordaría que hay dolor?
Le pusimos un nombre: Violeta.
Y la vestimos con nuestros domingos.

ANTONIO HERNANDEZ

Claudio Coello, 51
MADRID-6